

* * *

Cesó el temblor. Al principio, la gente no se atrevía á creerlo. Estaban todos mareados aún, igual que el que pisa tierra firme después de una larga travesía en el mar.

Las conversaciones, los ruidos, las voces, el barullo, el movimiento se restablecieron en seguida con mucha rapidez, con excitación febril. Todo el mundo sentía ansias de moverse, de hablar, de darse por convencido de que había vuelto á la vida nuevamente. Y apenas sucedió esto, invadió la calle una gran alegría, la alegría de vivir, y empezaron á cambiarse las impresiones, á burlarse los valentones de los cobardes, á reirse todo el mundo, á contar cada cual lo que hacía en el momento de iniciarse la catástrofe, y lo que hizo después

Al poco tiempo, vueltos á la realidad, empezaban á preocuparse de los parientes, de la casa, de sus propiedades, y se formaban grupos para comentar el acontecimiento y se discutía su duración.

Al cuarto de hora, personas, animales y cosas habían recobrado el aspecto primitivo y seguía corriendo la afluencia por la calle.

EL EJERCITO

Principio, señores, por confesar, confesión que tiene mucho de advertencia, que no entiendo una palabra de milicia, ni sé apreciar lo que vale un ejército, que no distingo en cuestiones de táctica, de armamento, etc., y, finalmente, que nunca en mi vida me he ocupado de esas cosas. Así pues, lo que ustedes van á leer, si son tan valientes ó están tan desocupados ó aburridos, no serán, como todo lo que antecede y sigue en esta obra, más que impresiones mías, muy mías, sin pretensión de autoridad ninguna, sin sujetarse á reglas *ad hoc* ni opiniones científicas, que en asuntos como este no me reconozco ni aun el derecho de opinar.

Para el que lleva algunos años en este país, con toda evidencia es el ejército una de las cosas que más le llaman la atención por su progreso, tan grande como rápido. Porque es verdad que aquí el progreso de todas las cosas y en todos los órdenes ha venido á marchas forzadas, que en cincuenta años solamente ha adquirido la nación el aspecto y la cultura de muchas europeas, que las iguala en varias cosas y las sigue en otras muy de cerca, pero en nada ha sido el progreso tan notable ni tan rápido como en el ejército. No ya de cincuenta años, sino de cinco á esta parte, se

han podido seguir paso á paso los adelantos y los perfeccionamientos, labor tenaz y constante que, como el crecimiento de algunas plantas trepadoras, no se aprecia en un día y deja asombrado al que lo mire al cabo de un mes.

Y tanto más es de apreciar este adelanto, y con él los esfuerzos realizados para conseguirlo, cuanto que la base es difícil de trabajar. El indio convertido en soldado, requiere doble energía y doble paciencia para domesticarle, valga la palabra, pues que en lo primero que hay que machacar es en inculcarle idea de honor y de dignidad, de ciudadanía de derechos y deberes civiles y políticos que ignora completamente, de las que no tiene la más pequeña idea. Por eso, aunque la disciplina no es de las más severas, el castigo sí lo es, y la sujeción resulta muy grande, tanto que el soldado es á la vez un interno y se le da en el cuartel ó se le permite todo lo que sea necesario, hasta mujeres con tal que no salga de allí.

Pero repito que este adelanto es de lo más notable que se puede estudiar en el país. Hace poco tiempo el soldado apenas era la mitad de disciplinado que el de cualquiera otra parte, apenas si tenía nociones de su papel y de su misión. Ni las armas, ni los trajes, muchas veces, ni las movimientos estaban suficientemente reglamentados. En las formaciones fumaban, bebían pulque, se salían de la línea. . . .

Hoy en ese punto puede ser presentado este ejército en cualquier parte, si no en Alemania, por ejemplo, que posee la tropa mejor organizada del mundo, si en cualquier otra potencia de las del consabido «concierto».

Respecto á armas, tiene todas las recientemente inventadas y va al mismo nivel que el ejército de los demás países del mundo.

Lleno como estuvo Méjico de guerras civiles y de guerras con las naciones invasoras, desde su independencia hasta hace muy poco tiempo, sin poder pensar en otra cosa que en defenderse de los extraños y de sí mismos, dadas las amenazas constantes por fuera y el carácter inquieto y revoltoso de su gente por dentro, á la fuerza habían de salir ejércitos enteros improvisados instantáneamente por la necesidad y las circunstancias. Y al improvisarse ejércitos se improvisaron jefes. Por eso ha habido una exuberancia de generales, que poco á poco va desapareciendo, los cuales han cargado la Hacienda considerablemente.

Una vez la paz consolidada y más despreocupados y menos maliciosos los ánimos, púdose pensar en hacer algo de provecho, y es mucho lo realizado. En el Colegio militar de Chapultepec se enseña con un programa tan extenso y nutritivo como en las academias de allende los mares, el cuerpo de profesores es excelente, no se le puede

pedir más, y el de alumnos lucidísimo y aprovechado. Tiempo hubo en que era mirada aquí la carrera de las armas con cierto menosprecio y cierta prevención por parte de la sociedad; hoy esas familias, por el contrario, tienen á orgullo el ver á un hijo suyo en el Colegio Militar. Y entre otras menos notables, menos conocidas, buena prueba de la bondad de esas enseñanzas, es el coronel Mondragón, inventor de una carabina y de un cañón que, especialmente la primera, es á juicio de autoridades de todos los países, la más perfecta que hasta ahora se conoce y ha sido adoptada ya por este ejército.

El valor del soldado mejicano es valor frío y tenaz. No obra solamente por el primer impulso, sino que al cabo de un día de combate muestra la misma entereza de ánimo que al empezar. Impávido y sereno ataca el mayor peligro, y en él se sostiene cuanto sea necesario sin la menor vacilación. Nunca hará un esfuerzo más de los que precise ni gastará en balde sus energías, pero nunca las economiza. Es calculador y reflexivo instintivamente. Junto á estas ventajas tiene la de la sobriedad y la de la resistencia, que á fe que no son cosas de poca importancia. Conténtase con la alimentación y con el trato que le dan, sin que física ni moralmente le afecten en nada. Recibe el hambre y la fatiga con admirable estoicismo, y pelea un día entero sin comer. Allí donde le ponen, allí se está de-

fendiendo el puesto, sin que nada sea suficiente para hacérselo abandonar, y mientras respire, aunque sea con el estertor de la agonía, seguirá en su papel, con la misma calma y hasta con la sonrisa inalterable en los labios.

Quizá lo más curioso de este ejército, fuera del aspecto militar y técnico, son las soldaderas, ó mujeres amantes de los soldados, tipo que no existe en todas partes. En el cuartel nada tiene de particular. Visita al soldado; le cuida, le lleva lo que haga falta y pasa con él la noche, cuando le toca en el cuartel, según los reglamentos.

En simulacros ó formaciones acompaña al batallón lo más cerca posible, para atender á su hombre en los descansos y darle de beber, de fumar, lo que necesite, pues va provista de todo.

Y en la guerra, lo que es más admirable, sigue la misma conducta.

Sin reparar en fatiga, dura lo mismo que el hombre valiente y serena como él, junto á él camina á donde quiera que él vaya, aliviando sus dolores y sus cansancios en la medida de sus fuerzas, dándole de beber ó de comer, llevándole cuantos efectos le hacen falta, además de aquellos de que provee la administración. Al llegar á un pueblo, ella procura adelantarse para hacer provisión de todo, y, naturalmente, con su cuidado, y con dedicarse especialmente á ello, consigue muchas más comodidades

para el soldado que la administración militar, con su obligado estilo oficinesco y reglamentario, que convierte las personas en números.

Y, por fin, no le abandona en la batalla. Muy lejos de eso se pone junto á él, expuesta á las mismas balas á que él se expone, le anima y conforta con buenas palabras, le ayuda á pelear, vamos, en lo que puede, y hasta le va poniendo en la mano los cartuchos. . . . Y excusado es decir, que en caso de caer herido tiene en ella la mejor hermana de la caridad. . . .

Nadie piensa en prohibir este acompañamiento de mujeres, antes bien, está todo el mundo convencido de lo beneficiosas que son, de la gran utilidad que reportan, y el jefe que quiere á sus soldados lamentaría su ausencia como la de los soldados mismos; y se les respeta y se les permite con tanto más gusto cuanto que no llevan estipendio alguno ni nada van ganando al exponerse de esa manera, ni las guía más estímulo que el bienestar y las comodidades del hombre á quien ha consagrado su afecto.

EL SOMBRERO

Muchas cosas hay que llaman la atención en el *pelado*, pero ninguna con tanta fuerza como el sombrero. Física y moralmente, es el punto que más sobresale, la nota que más chilla. Lo primero que se ve en él es el sombrero. Y todo esto puede aplicarse igualmente á los charros, más ó menos elegantes, á los rancheros, en fin, á todo el mundo que lo usa, porque por regla general un buen sombrero de estos, construido de manera que se amolde á las más puras reglas del arte, debe ser mucho más alto que la cabeza y el cuello juntos, y de ala tan ancha como la distancia entre los dos hombros, cuando menos. De modo que viene á ser un sombrero auténtico, en toda la extensión de la palabra, puesto que da sombra á todo el cuerpo. Además sirve de paraguas admirablemente y libra de la lluvia casi hasta los pies, tal es su tamaño. La mayoría de las veces no es un hombre con un sombrero lo que semeja, sino un sombrero debajo del cual se hubiera guarecido un hombre.

Y á pesar de su tamaño, que para los que no conozcan su utilidad podrá parecer disparatado, es uno de los sombreros más airosos que conozco, y no sólo no sienta mal, ni hace ridículo, sino que da cierta

marcialidad y cierto aspecto marcadamente varonil al hombre que lo lleva.

El sombrero es á la vez prenda de lujo. Hay quien tiene una especie de Banco en él, ó cosa parecido. Además de su tamaño y de su peso, le cargan de oro y plata hasta no poder más en la copa, en los cordones. . . y hay sombrero que llega á valer algunos cientos de pesos, más que muchas joyas que se llevan con cierto orgullo en las manos.

Y, la verdad, á mí no es eso lo que me admira, sino el que lo lleven en la cabeza... Una cosa así debía ser para guardarse en el ropero, y con mucho cuidado, no rompa la tabla. . . ¿Ustedes saben lo que pesa eso? Pues si se necesitan unos músculos de acero bien templados para que no se doble la cabeza. . .

Según descende la clase social del individuo, así descende el sombrero. . . Desde el castor camina hasta la paja, más ó menos costosa y de más ó menos trabajo.

Y por último, va á parar al pelado, ya muy desfigurada de su primitiva belleza.

Al ver un montón de pelados que se aprietan unos contra otros desde arriba, desde un balcón, por ejemplo, hace el mismo efecto de un campo sembrado de hongos. . . .

Pero el sombrero se desnaturaliza ya en manos del pelado y adquiere la más abundante colección de formas que se pueda uno imaginar, bajando la copa, achicando el ala,

dando á ésta una dirección distinta, etc., etc. Yo creo que sería muy difícil encontrar entre esta gente seis sombreros iguales.

El pelado saldrá de casa sin pantalones, si la policía se lo permite, sin cualquier cosa menos sin el sombrero. La cabeza no se la descubre mas que en misa. Y cuando no tiene sombrero, se lo hace de cualquier cosa, de otro viejo, recortándolo, de un cesto de paja. . . . La cuestión es llevar sombrero.

Por eso dije antes que el sombrero es la nota más saliente del pelado.

Y no sólo la nota más saliente y distintiva, sino la más perdurable, la que no varía casi nunca.

EL REBOZO

El rebozo tiene la fortuna de que casi siempre favorece á la mujer. Y además es una prenda completamente general, como si dijéramos, de la mujer mejicana, que nace ya sabiéndose instintivamente poner el rebozo, como la parisiense el sombrero y la madrileña el chal ó el mantón. Desde el rebozo que cuesta unos cuantos reales al de 40 ó 50 pesos hay toda una escala social, una porción de clases de mujeres que le rinden tributo. Y según va ascendiendo en ellas

conviertese, sin dejar de ser el mismo, de objeto útil en las inferiores á objeto de adorno, única misión que cumple en las altas. De abrigo no lo es en ninguna. En muchos casos y para muchas clases resulta prenda de compromiso y prenda encubridora. La *pelada* no podría existir sin el rebozo. Forma parte integrante de su persona y no se lo quita para dormir, lo cual no es extraño, después de todo, porque sospecho que está apreciable clase social no se quita la ropa nunca, hasta que el tiempo, que nada conserva y todo lo revoluciona, se encarga de desprender los últimos pedazos. El rebozo las sirve para tapar lo que deja descubierto la camisa, esto es, del pecho y la espalda, no porque tenga mucho interés en taparlo, pues que casi siempre lleva eso y más al descubierto, sino por cierta coquetería. . . Si se lo quita por la noche le sirve para dar una especie de adorno á la cama, vamos, al petate, ó se lo echa encima para hacer ver que se ha echado algo. Si tiene hijos pequeños, puede decirse que se crían dentro del rebozo, pues envueltos en él los lleva para darles de mamar y cuando esta operación ha tenido término se echa el chico á la espalda, entre ésta y el rebozo, átese éste anudando las puntas por delante y queda la criatura allí sujeta y encerrada, asomando la cabeza por arriba como un pajarito en el nido y los pies por debajo, mientras la madre tiene ambas manos libres para emplearlas en

el uso que la convenga. Y así se pasa el mocosito las horas, porque hay que convenir en que estos indios nacen ya con una paciencia extraordinaria, y convierten gustosos el rebozo de la mamá en casa habitación con todas sus dependencias, desde la alcoba hasta alguna otra necesaria para las vida, pero imposible de nombrar aquí por ciertos rasgos de delicadeza.

El rebozo puede salvar muchos compromisos y cubrir muchas cosas. Cubre la falta de traje unas veces, la falta de sombrero otras, y demás faltas que no es necesario nombrar. Moralmente es más encubridor todavía. Una señorita sale á la calle sola, de sombrero, y como aquí no estamos aun lo suficientemente *adelantados* para preocuparnos de ciertas cosas todo el mundo se echa á preguntarse: ¿á dónde irá esa? suponiendo que no le dé por preguntar ó por afirmar cosas peores. Pero sale de rebozo y ya no se pregunta eso nadie por dos razones; primero, porque un sombrero femenino nos llama extraordinariamente la atención, y segunda, porque la dama de rebozo pertenece ya á otra clase social, un poco menos importante y cuanto más baja la mujer socialmente menos se ocupa uno de ella y más natural parece, y casi hasta necesario, que tenga sus trapicheos.

El rebozo sube hasta la cabeza en un caso apurado y la tapa, y tapa el rostro, si el caso es más apurado aún, porque á una niña que va con el novio, por ejemplo, no la

conviene de ninguna manera que la vea una amiga puesto que cuanto más amiga sea antes se lo contará á los padres. En los del pueblo, el rebozo no es necesario para disimular el amor . . . Allí el amor se hace sin rebozo de ninguna clase, en plena calle . . . ó donde se tercié. Es esta la única vez, en que á las indias les sale sobrando el rebozo . . . En todas las demás ocasiones el rebozo es una especie de remédialo todo, porque lo mismo sirve de depósito para la cría, que de recipiente para llevar cuáquier clase de carga, que de abrigo, dicen los que los que lo llevan, que para cubrir la cabeza en misa, que para ocultar un bulto, natural ó extraño, que de adorno y coquetería, pues un rebozo bien puesto resulta para los pelados un incentivo al amor.

Las niñas que emigran de la capital en la estación caliente buscando el aire puro de los pueblecitos próximos salen ganando indudablemente.

El rebozo las cae mucho mejor, sobre todo cuando se lo ponen cruzado sobre el pecho y con las dos puntas á la espalda.

El rebozo es parecido á la vergüenza. . . Cada cual lo lleva donde quiere. Y se pueden hacer con él veinte mil combinaciones y usarlo de cien modos distintos y para cien casos diferentes. De modo que, á mas de ser una prenda típica, casi patriótica, resulta económica en alto grado. Como que también sirve para andar por casa, para salir de tapadillo, para jugar distraídamente

con él en caso de que se entable una conversación comprometida ó sobrevenga una declaración de amor, etc., etc. . .

En los indios es al revés. Como las proposiciones amorosas se hacen casi á puñetazo limpio, con lo primero con que él se queda en la mano, durante la contienda, es con el rebozo. Y, claro, ella lo sigue á donde vaya, porque no va á quedarse sin la prenda . . .

Una india irá descalza, desarrapada, en camisa, si ustedes quieren, que no querrán, porque estas indias en camisa están peor que vestidas y cuanto más se desnuden menos apetecen, pero no dejará el rebozo por nada de este mundo . . . A veces se las ve por la calle con pedazos de rebozo, de esos que hay que quitárselos y ponérselos por piezas y en varios tiempos, pero nunca sin él. Ya que moralmente no lo gasten, si quiera llevarlo de género. Siempre viste algo . . .

En las señoras, el rebozo es como la bata, prenda casera, para decir que se quita uno el frío, ó para recibir una visita que no sea de mucha etiqueta.

En fin, que el rebozo constituye casi, casi una parte de la nacionalidad. Si se diera una ley suprimiéndolo no sabrían qué hacer las mujeres.

EL CHAQUÉ

Un autor dramático español, poco conocido aquí y menos apreciado en España, Enrique Gaspar, escribió una obra, una de las mejores que ha hecho, para describir los compromisos y los sinsabores á que da lugar el uso de la levita cuando la posición social que representa no está de acuerdo con la posición económica del individuo. Pues así como se hizo una obra, *La levita*, podría hacerse otra que se titulase *El chaqué*

Tengo para mí que el chaqué es una de nuestras mayores debilidades Ustedes saben muy bien que todo hombre las tiene, hasta los de talento, y éstos en mayor cantidad, y lo mismo que los hombres tienen sus debilidades, tiénelas también los pueblos Pues la de éste es el chaqué.

Desde los largos, largos, cuyos faldones caen con majestad hasta las corvas, muy cerrados, muy serios, muy respetables, hasta el chaquecito muy corto, de pretendiente amoroso de sainete, cuyas puntas se ponen á bailar al menor movimiento del individuo, como si siempre estuvieran de buen humor y con gana de broma, de aspecto nada respetable, hay una variedad inmensa, abrumadora de chaqués, incluyendo el indispensable «cola de pato» que

viene á ser una transacción pacífica entre los dos, y que en sus tiempos presumió algo de elegante Pues todas esas variedades, y otras más inventadas por el capricho de los poseedores, puedes verlas con profusión, lector querido, en las calles de Méjico.

Vuelvo á decir que es esta una de nuestras debilidades, de los habitantes de esta ciudad. En cuanto un mejicano tiene uso de razón, ya está pensando hacerse un chaqué. Van por ahí jóvenes de un tamaño inverosímil, chicos que apenas si levantan dos cuartas del suelo, todos con su chaqué Parecen enanos de feria vestidos para la exhibición

Desde albañil para arriba ó cosa así, la tendencia general de todo el mundo es á llevar chaqué. Hay individuos que se mueren sin haber sabido lo que es otra prenda. Lo llevan roto, averiado, lleno de manchas pero llevan chaqué. A lo mejor el que llevan no es suyo, se hizo para otro, y por compras de segunda mano ó por dádivas vino á parar hasta el que lo posee, á quien la prenda le sobra exageradamente por unos lados y le falta por otros, pero es chaqué. Ustedes dirán lo que se les antoje, pero ¿quién le quita á ese individuo la satisfacción inmensa de presentarse en la calle y en todos lados con chaqué? En fin, por las calles andan y ellos son testimonios vivientes de lo que digo, mendigos que piden limosna con chaqué ¡No me ne-

garán ustedes que en este modo de elegantizar la indigencia se fuma Méjico á todas las capitales de Europa!

A lo mejor entra usted en su casa y le dicen que le espera un señor ¿Quién será? Bueno, pues que pase Y se presenta ante sus ojos un individuo con chaqué y las botas todas rotas

—Servidor de usted, dice usted muy fino, y por dentro compadece usted á aquel señorito «venido á menos.»

—Pues, señor, no más se me ofrece que supe que usted estaba necesitando un criado, y aquí estoy yo á ver si le puedo convenir

¡Viene de chaqué!

Al paso que aquí se va, créanlo ustedes, muy pronto acabaremos porque no exista en Méjico clase media Es decir, continuará existiendo, pero no se la verá por la calle. ¡Todos llevan chaqué!

Llegará un extranjero, de esos niños elegantes que suelen venir cargados de pretensiones, á la estación, y verá con orgullo que un individuo que lleva chaqué se le ofrece para llevarle la maleta hasta la fonda ú hotel á donde pára

—¡Caramba! dirá el joven, qué finos son aquí y cómo han conocido lo que valgo ¡Hasta los señoritos se disputan el honor de llevar mi equipaje!

Y no, no hay tal, sino que los cargadores y los granujillas andarán de chaqué por la calle. ¡No van á ser menos!

Uno de los caracteres de esta gente y de esta población es el de ser extremos para todo, que dejarían de pertenecer á la raza del Latio si así no fueran. Y así tienen ustedes en esto de la ropa los dos extremos bien marcados y definidos: ó van enseñando la carne ó van de chaqué. El término medio apenas existe. A las veces, también el de de chaqué suele ir enseñando algo

Para ver chaqués de formas raras, de colores inesperados, de esos que sorprenden primero, y no se los explica uno después, hay que venir á Méjico. Hay cada chaqué que verdaderamente parte los corazones.

Y es que la gente de abajo, los que han subido ya un poco sobre la categoría de pelados, no comprende la elegancia, la distinción, el vestir correcto, etc., si no es plantándose un chaqué encima. Con eso van por la calle orondos y satisfechos, como si dijieran á la gente que los mira:

—¿Eh, qué tal? verán ustedes que no estoy tan tirado, ni soy un cualquiera. ¡Tengo chaqué!

Y como para adquirirlo no se repara en medios, con tal que sean honrados, resultan por ahí chaqués del tiempo del imperio, chaqués de varias naciones, chaqués de campo Una variedad infinita. Cualquiera actor cómico sería feliz teniendo en su guardarropa los chaqués que se ven pasar por una calle durante diez minutos.

En todas partes hay el deseo de subir un escalón social, de elevarse de posición, y

esto se comprende. Pero aquí para muchos individuos la subida consiste solo en el chaqué. Con un chaqué, de cualquier forma y color que tenga, ya están realizando sus sueños de oro

Y como los niños elegantes y lagartijos también lo usan á todo pasto, porque es una propensión general esta, resulta una lamentable confusión, que daña á los supradichos elegantes.

Es necesario que busquen un remedio, porque les están confundiendo con la plebe, y eso sí es grave

LOS FRANCESES

Las mismas vacilaciones que hice constar cuando empezaba á hablar de los españoles, respecto de su número, me asaltan ahora que quiero referirme á los franceses. No sé cuantos habrá en ésta capital, lo que sé es que también meten mucho ruido, más que los españoles, aunque con menos importante resultado.

Los españoles meten ruido por su afán constante de intervenir en todo, porque para ellos el campo de acción no tiene límites, y así acaparan unos negocios, se mezclan en otros y sale en todos danzando su nombre. Los franceses, que son menos, me-

ten mucho ruido, á pesar de que también abarcan menos negocios. Aquí en la capital están ceñidos á los comercios de telas, géneros, objetos de adorno, etc., al por mayor y menor, de cuyos artículos tienen grandes almacenes, á la fabricación de telas y á las modas, principalmente encomendado este giro á las damas. De las francesas he de hacer capítulo aparte, porque creo que lo merece, tanto por su cantidad como por su calidad y por ésta especialmente.

Pero el francés, aunque esté solo entre cuatro paredes mete ruido y se *hace el artículo* á sí mismo. Si no tiene con quién alabarse se alaba solo y si no tiene con quién hablar, solo habla. Uno de los goces mayores del español es el de hablar mal de su patria y dar de puñetazos al que le hable mal de ella, que hasta en la censura quiere tener la exclusividad. El francés, al contrario, no encuentra nada en su tierra que no sea bueno, más que bueno, indiscutible é inviolable. Y cuando ya no tiene con quién discutir esto, lo discute consigo mismo, dándose el placer de llevarse la contra unos instantes para darse el mayor aún de verse vencido. ¡Oh, la France! ¡Oh, l'armée de la France!

«Nadie las mueva

que estar no pueda con Roldán á prueba. .

El francés por donde quiera que va, va llamando la atención hacia él. No puede remediario. Por eso son aquí más queridos en general los franceses que los españoles,

porque en éste mundo, y yo creo que lo mismo en los otros habitados, si en ellos hay una humanidad intelectualmente dotada como ésta, para que á uno le estimen y le tengan en algo, es preciso hacerse valer. El precio de cada individuo no se lo ponen los otros, se lo pone él á su gusto, si tiene un poco de sentido práctico. Aquí llega un francés, y desde que llega, en lugar de achicarse, se hace valer como dos

El español y el mejicano no saben *hacerse el artículo*, como los franceses dicen; éstos se lo hacen maravillosamente. El francés ha nacido para comerciante de mostrador. Todo lo que tiene ó pueda tener lo alaba hasta exagerar, lo ajeno lo desprecia. Una eminencia, un talento, para que el francés los acate y los veneren tienen que residir en otro francés.

Aquí en Méjico un español llama la atención en la calle por lo descuidado de su traje, lo brusco de sus maneras y lo humilde y desconfiado de su actitud. Un mejicano por los detalles de atildamiento en el vestir, sin que el conjunto sea atildado, por la finura algo exagerada de sus modales y por la expresión de encogimiento. Un francés por la actitud resuelta y atrevida, por la movilidad de sus facciones y por el gesto del que sabe con satisfacción que atrae las miradas de la concurrencia.

Antes de que los yanquis intervinieran tan directamente en estas costumbres, Méjico, para seguir á casi todas las naciones

de Europa, adoptaba las modas francesas en todo, y con las modas las extravagancias y los disparates, que en junto suman casi tantos como aquellas. Aún no se han extirpado, si bien llevan el papel más débil en la lucha con los yanquis.

Y debiendo Méjico á España favores y perjuicios y á Francia perjuicios solamente según demuestra la Historia, quiere bien á aquélla y quiere bien á ésta, sin duda por ese carácter francés, revelado en esta colonia francesa, que por todas partes va haciendo propaganda de sí misma.

Un español de éstos por la calle, parece que va diciendo á los demás, según camina con los ojos bajos:

—¡Pchst! No se molesten ustedes en mirarme, no valgo nada.

¡Al cabo yo he de hacer lo que quiera sin que lo note nadie!

Un mejicano dice:

—Con el permiso de ustedes, ¿quieren ustedes hacer el favor de darse cuenta de que estoy yo aquí?

Y un francés:

—¡Eh, señores, aquí estoy yo!

Los franceses se apropian la gloria de cada francés que la tiene y hacen gala de ella. Cada hijo de esa República, al llegar al país, se trae en el baúl, según sus aficiones, un poco de la gloria de Zola, un poco de la gloria de Pasteur, un poco de la gloria de Meissonnier, etc. etc., y con eso ya tiene para vivir y buscarse campo.

Los barcelonetas, vasco-franceses, la mayor parte de los que llegan aquí, vienen tan faltos de educación como los aldeanos españoles, y no obstante, no se les nota de igual manera, por tres razones: primera, porque hablan idioma distinto de éste y no se les puede apreciar con la misma exactitud; segunda, porque no se dedican á panaderos, abarroteros, empeñeros, etc., y desde que pisan el país empiezan á tratar con gente más culta, en tiendas de géneros, fábricas y demás, de la que tratan aquéllos, y tercera, porque el francés se paga mucho, muchísimo de las apariencias, y cuida de educarse socialmente antes de cualquier otra cosa, y desde que llega adquiere el deseo de subir á la otra clase.

Por eso cada paso de un francés resulta aquí un acontecimiento. Porque aunque son pocos se mueven mucho y manejan el *auto-bombo* con una destreza maravillosa. ¡Sabén vivir!

Y además, un español, á fuerza de permanecer en el país se identifica con él, pierde su carácter y deja de llamar la atención. Se confunde con la generalidad de la gente. Mientras que un francés, al cabo de veinte años de residencia en Méjico es tan francés como cuando llegara, y todo el mundo le sigue señalando con el dedo como francés. . . .

LAS FRANCESAS

Quiten ustedes á la famosa Caraman-Chimay sus riquezas y sus aventuras, y siempre, por sus modales, por su manera de ser, por todo, llamará más la atención que la burguesa más honrada y más hermosa que no haga de notable sino cumplir fielmente sus prosaicos deberes de hija, ó de esposa, ó de madre. La humanidad es así, y concede la atención á aquel cuyos hechos salen de lo común, sean los que fueren, sin importarle un ardite el valor moral que tengan.

Viene todo esto á decir lo que sigue: que de Francia llegan mujeres como todas las de aquí y las de todo el mundo civilizado, como todas las españolas que llegan, señoras y señoritas que no tienen nada de particular, hermosas ó feas, abundando más la primera clase, altas ó bajas, flacas ó gordas, en fin, que no llaman la atención por ninguna cosa.

Pero hay otra clase de mujeres, de damas, quiero decir, no vayan á achacarme intenciones que estoy muy lejos de llevar, compuesta por las que se dedican á hacer sombreros, vestidos, etc., y á otras profesiones apropiadas á su sexo, ya sea por su cuenta, ya por cuenta ajena como oficiales de cualquier taller. . . . Y esas son las fran-

cesitas de que yo quiero hablar, esas son las que llaman la atención, esa es la parte temenina con sello propio de la colonia francesa.

Al Norte de los Pirineos, la mujer se cría más despreocupada y valiente para las luchas por la vida que al Sur. Aquí no viene una española á ganarse la subsistencia. Las españolas que tenemos por aquí, viven al amparo del padre, del marido, del jefe, en fin, de la familia.

La española es incapaz de emigrar, sola, sin más amparo y esperanza que ella misma, á lejanos países, á países hasta de lengua extraña, en busca de un porvenir. La francesa recorre si es necesario todas las partes del mundo, y de nada se asusta ni hay situación capaz de debilitar sus resoluciones. De la mejicana es excusado hasta el hablar, porque sea por la educación mística y retraída que se la da ó sea por su natural débil y encogido ó sea por las dos cosas á la vez, es aún más apocada que la española, con lo cual está dicho todo. Por eso, entre el carácter casero y metido en sí de la mujer mejicana, resalta y brilla el modo de ser la mujer francesa.

Declaro que me gustan, no para todos los casos, pero en fin, que me gustan en general estas mujeres que sin más ni más, con la audacia de los hombres, llegan al país para ponerse á trabajar en modas ó en lo que salga. . . . Tienen la buena cualidad, para vivir en el mundo y vivir bien, de no ser

muy escrupulosas, de ser sufridas. . . y de ser bonitas. Y, en fin, de tener recursos para todo.

El colono francés de aquí, es muy trabajador; las francesas sueltas, digámoslo así, que por la ciudad andan, son también muy trabajadoras, y á eso deben parte de la suerte que casi siempre las acompaña. La otra parte la deben á su gran carácter, insinuante, amable hasta no poder más, franco y espontáneo, alegre, siempre alegre, sincero. . . hasta donde la sinceridad de una mujer puede llegar, aunque sea francesa, y á su ingenio, á su *esprit*, á su gracia, porque la francesa es lista, y, en fin, al desinterés que acompaña á todos sus actos, real unas veces ó fingido otras, pero tan bien fingido, que cuando no es creído, por lo menos es halagador.

Una mejicana en un mostrador, en un sitio donde tenga que tratar hombres continuamente, á las primeras de cambio se asusta, baja los ojos y enmudece. Una francesa sigue cualquier broma, impávida, serena, soporta y mantiene una conversación escabrosa con desenvoltura, sin llegar al cinismo, ni mucho menos, torea á cuantos hombres se la pongan por delante, y si alguno de ellos se propasa más de lo justo y debido, con un gesto, con una mirada solamente sabe detener al audaz y en seguida sigue de charla con él como si tal cosa. . . .

Las hay que logran aquí buenos casamientos. . . .

A los mejicanos, las francesitas esas les gustan extraordinariamente, aunque no sea más que por la variedad, pues ese tipo de mujer esbelta y alta, de movimientos rápidos y algo ratoniles, de impresionabilidad muy pronunciada, de carácter bullanguero (hay que reconocer que los franceses lo hacen casi todo á paso de canacán), alegre y decididor aun en medio de las mayores contradicciones, aquella disposición constante para hablar y para reír, y aquel deseo constante también de agradar siempre, dan una nota muy distinta de la que proporciona la mujer mejicana, más á propósito para las dichas del hogar á puerta cerrada.

Y hay que convenir en que vienen francesitas muy monas, que todas ellas, aunque proceden de una clase social muy humilde, traen la elegancia hasta en los detalles menores, y que animan bastante la población, porque, créanme ustedes, donde hay una francesa todo está animado

Y aquí lo dejo, por no querer meterme en más profundidades. Yo creo que cada uno es muy dueño de hacer de su capa un sayo, ó lo que quiera, y quien dice de su capa puede decir de cualquier otra cosa que le pertenezca exclusivamente

Además, yo tengo manga muy ancha en ciertos asuntos, sobre todo, cuando no me tocan de cerca, y admito toda clase de modos de pensar y de hacer y los respeto, convencido como estoy de que, aunque un hombre viviese dos ó tres siglos y se los

pasase discutiendo con los sabios más sabios de la tierra, moriría aun dudando entre las varias opiniones y los varios sistemas de moral y de filosofía que se presentasen á su imaginación, sin haber podido formar un criterio fijo completamente, pues lo último sabido parece lo cierto, y sin saber á qué carta quedarse.

Únicamente comparezco y digo que esas francesas que vienen por aquí á dedicarse á labores de su sexo son muy monas, muy graciosas y muy simpáticas, y que como destacan y llaman la atención entre la gente por muchas cosas, eran dignas de que se las dedicase unos párrafos aparte, y se los dedico.

Y que merecen el respeto y la admiración de todo el mundo, porque saben trabajar y no necesitan de nadie para vivir, lo cual ya quisieran tener muchas mujeres y aun algunos hombres.

SI SOMOS POLVO

La Iglesia lo dice y á ella me atengo. Yo en esas cuestiones ni quito ni pongo rey, ni ayudo á nadie. Y como además lo dice la ciencia, que somos polvo, barro, de la mis-